

música

# Ludwig van Beethoven un genio singular

por Fernando Rosas



Días atrás me contaba un amigo compositor que un vecino suyo grabó en video uno de los conciertos de Claudio Arrau y que todos los días al volver de su oficina, escuchaba incansablemente el concierto *El Emperador* de Beethoven.

No hay duda que dos autores son generalmente la puerta de entrada en la música clásica: Tchaikowsky y Beethoven. El primero pienso que lo es por su extraordinaria vena melódica y por el brillo de sus orquestaciones y Beethoven por el poder rítmico y la pasión entusiasta que se expresa en una parte importante de su obra.

Beethoven no es un gran autor de hermosas melodías como lo es Mozart, Chopin o Tchaikowsky, pero sí es un autor que lleva al auditor a un clima apasionante donde se encuentran momentos de gran alegría, extremo dolor, pasión desbordante y otros momentos de acendrado recogimiento. Es difícil que la música de Beethoven pueda dejar impávido a algún auditor. Ya en su tiempo eran numerosas las polémicas en torno a su obra, existiendo a la vez grandes admiradores de ella y muchos detractores. Como es sabido, Beethoven nació en 1770 en Bonn, la actual capital de la República Federal de Alemania, que en esa época no era más que una pequeña ciudad de provincia. Como desde niño mostró habilidad musical, su padre, a su vez un muy modesto cantante, le proveyó de profesores que se encargaron de su formación musical. El joven músico comenzó lentamente a darse a conocer como pianista y compositor y quiso seguir sus estudios en Viena con uno de sus más apreciados compositores: Wolfgang Amadeus Mozart.

Sin embargo, al llegar a Viena en 1792, ayudado por algunos amigos, ya había muerto Mozart, por lo que tomó lecciones con Joseph Haydn, el otro gran compositor de su época. Se ha dicho hasta la saciedad que la obra de Beethoven hasta sus treinta años tiene un gran parentesco con la obra de Haydn y Mozart. Esto es verdad sólo en una forma muy parcial. En mucha de sus obras de este periodo ya se muestra una originalidad muy característica suya: es notable en este aspecto el uso muy novedoso que hace de rit-

mos insistentes y violentos contrastes entre sonidos fuertes y suaves.

No obstante esta evidente originalidad de su música juvenil, es después de los treinta años cuando escribe sus grandes obras en las cuales el contraste entre ellas y las de sus contemporáneos se hace abismal. Me refiero por ejemplo a la Sinfonía Heroica escrita en 1803 donde ya todo es nuevo: el carácter del primer movimiento en que los violentos acordes profundamente agresivos nos sitúan en un mundo musical casi incomprensible para sus contemporáneos, la marcha lúmbre con su claroscuro característico, el tercer movimiento con su agitado ritmo y las fanfarrias de los cornos, y por último el final brillante donde las variaciones a un sencillo tema nos llevan a terrenos sublimes de exaltación.

Y así, a medida que van pasando los años, se suceden obras y más obras, todas ellas de una originalidad asombrosa. Mientras el genio de Mozart le permite componer sinfonías en muy pocos días, a Haydn en solo algunas semanas, a Beethoven le obliga a trabajar arduamente durante años para terminar cada una de sus obras. De entre ellas para el público son sin duda las más atractivas aquellas donde el ritmo y la exaltación se hacen presente: la 5ª Sinfonía, el Concierto *El Emperador*, las Sonatas para piano *Appassionata* y *La Aurora*. Sin embargo coexisten con ellas muchas otras obras más introvertidas que revelan otra faceta igualmente importante de nuestro compositor; me refiero a la *Sonata Claro de Luna*, la *Sinfonía Pastoral* y el *Concierto para piano N° 4* que también tocó Claudio Arrau en su paso por Chile.

La sordera que poco a poco empezó a aquejar a Beethoven desde su mediana edad, tuvo gran importancia en su desarrollo ulterior. Esta enfermedad, cuya gravedad para un músico es obvia, le alteró profundamente su espíritu haciéndolo cada vez más introvertido y alejado del mundo circundante. Esta circunstancia le enriqueció tremendamente su mundo interior permitiéndole realizar en sus últimos diez años de vida, entre 1817 y 1827, una cantidad de obras todavía más singulares y originales que las grandes obras de su madurez.

Es en 1817 el año en que Beethoven inicia la *Novena Sinfonía*

"*Coral*" que le ocupó seis largos años de trabajo. Esta sinfonía sin ningún precedente anterior, será uno de los hitos más relevantes de la creación musical en la primera parte del siglo XIX y tendrá una influencia decisiva en todos los compositores posteriores. Esta influencia culminará en la obra monumental de Richard Wagner, quien verá en la *Novena Sinfonía* el origen de su obra musical.

Pero todavía habrá más: Con posterioridad a la *Novena Sinfonía*, Beethoven escribió sus últimas sonatas para piano y sus últimos cuartetos de cuerda. La mayor parte de sus contemporáneos, incluyendo a sus admiradores, declararán que estas obras son abiertamente incomprensibles. Sólo a fines del siglo XIX empezará el interés general por estas obras y si bien ellas nunca serán populares, ya son reconocidas y admiradas como parte muy importante de la obra de Beethoven. ■